



Cigüeñas en la espadaña.  
(Foto Merlo Delgado.)

cha. Tras ellos, los caminos, bordeados de olmos desigualmente esparcidos, parten y reparten la tierra blanda y húmeda en pequeños trozos, con profusión bendita y casi infinita. En cada uno, bajo la frondosa copa de un nogal o unas higueras, junto a la blanca casita, la mula vendada, cronometrando el tiempo con el tic-tac del andaraje, vuelca en la alberca, a trueque de vueltas, los cangilones de la noria moruna rebosantes de agua clara y fría.

Sí, muy lejos, allá por Argamasilla de Alba, al agua se la tragó, avariada, la tierra, por grietas y rendijas, para formar con ella una capa sumergida, potente y sin provecho, es aquí, donde resucita por innumerables pozos para reír y cantar rompiéndose en flecos floridos bajo el sol, cernido por las hojas, que otra vez ve. Ríe y canta, con su amigo el sol, en las regueras, entre las matas, al pie del membrillo, del manzano, del peral; esponja las verduras y las hortalizas, y a sus frutos los hace carnosos, sabrosos y abundantes; hace vicioso el patatar generoso; abulta el retorcido estuche de la judía blanca; carga de aroma el anís; refresca el gazpacho, el tomate y el vino tinto; por ella el panizo crece varonil y arrogante para ofrecer sus orondos pompones a la dorada tarde septembrina y a los pícaros gorriones...

En medio de esta orgía de verdes, de agua, de sol, que como corona de Ceres la rodea, orgullosa de su singular y fértil regadío; claveteada de espadañas con nidos de campanas y de cigüeñas zanzquilargas; blanca, pulida, rica, femenina, Daimiel, perdida en la llanura, trabaja y ríe como cualquier buena moza de La Mancha cuando vuelve de la fuente, con el cántaro a la cadera, *platicando* con su gañán.

**Julian Alonso.**